

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

EGGERS LAN, C., y JULIÁ, V. E., *Los filósofos presocráticos*, vol. I, Madrid, Gredos, 1978, 518 pp.

A los ya clásicos trabajos y recopilaciones de los presocráticos (Hölscher para Tales y Anaximandro, Deichgräber para Jenófanes, Gigon para Heráclito, Reinhardt para Parménides y Bignone para Empédocles), corresponde agregar la famosa compilación de H. Diels —*Los fragmentos de los presocráticos*—, ampliada luego por W. Kranz. A ellos viene a sumársele ahora una nueva, cuyas introducciones, versiones y notas corresponden a Conrado Eggers Lan y a Victoria E. Juliá.

Tal obra es el primero de los volúmenes sobre *Los filósofos presocráticos* que la Biblioteca Clásica Gredos está editando en traducciones y notas elaboradas por un grupo de investigadores que acompañó durante años al profesor Eggers en la cátedra de Historia de la Filosofía Antigua de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El primer problema que se presentaba — señala Eggers— era ver qué se entendía por filósofos presocráticos (en alguna medida también filosofaron Homero y Hesíodo, principalmente este último, tal como puntualiza Gigon en su famoso *Ursprung*); para obviarlo se optó por seguir —con algunas variantes considerables— el ordenamiento tradicional de presocráticos hecho por Diels-Kranz (en lo sucesivo mencionado D. K.), fundado en Aristóteles (*Metaf.*, 384 a ss.) y en Teofrasto, particularmente a partir del descubrimiento en 1892 de un papiro (editado luego por Diels como *Anonymi Londinensis Iatrica*) en el que se señalaba que Aristóteles había encomendado a su discípulo Teofrasto la confección de una historia de la filosofía que lo había precedido.

Respecto de la citada clasificación de D. K., lo que se hace en el presente trabajo es quitar algunos fragmentos que los autores juzgaron espurios luego de una exégesis de las fuentes, así como la incorporación de otros; consecuentemente han debido aumentar los textos de un modo diferente al clásico de D. K., aun cuando por razones didácticas y tradicionales, colocan entre paréntesis su nomenclatura. Entre otros aspectos, la novedad de esta obra se funda en el *ordenamiento temático* de los textos considerados.

El volumen que nos ocupa incluye un índice general y la traducción de fragmentos, notas y comentarios de Tales, Anaximandro y Anaxímenes de Mileto; Pitágoras y los pitagóricos; Alcmeón de Crotona; Jenófanes; Heráclito y Parménides. En la "Introducción" se señala que Eggers es responsable de esta obra, "con la colaboración de Victoria E. Juliá para la traducción de textos de Tales, Anaxímenes y Jenófanes y notas de Tales y Anaxímenes" (p. 45).

En lo que atañe a Tales, a la par de las citas sobre su nacimiento y aprendizaje en Egipto junto a sacerdotes, se incluyen los fragmentos que aluden "al agua como principio de todas las cosas", como así también los relacionados con geometría, astronomía y meteorología.

Sobre Anaximandro —tal vez "discípulo de Tales" (12 A 11)—, los textos trabajados ponen de relieve su preocupación por la *physis*, sus ideas sobre el *ápeiron*, el cosmos, los orígenes del hombre y de los animales y se subraya que a él se debe "el primer libro en prosa" (12 A 7), que es un discurso sobre la naturaleza.

En este apartado merece destacarse el análisis filológico de los términos griegos correspondientes a ilimitado, principio y proceso.

Respecto de Anaxímenes, los fragmentos nos indican un principio cósmico, a la vez que subrayan que "la naturaleza subyacente es una e infinita; pero no indeterminada como dice (Anaximandro), sino determinada" y que Anaxímenes denomina *aire*.

En cuanto a Pitágoras se puntualiza la dificultad de abordar con rigor científico tanto su pensamiento y su persona como la literatura pitagórica y pitagorizante, pues en torno de él en lugar de doxógrafos prácticamente sólo encontramos biógrafos, entre los que se señala a Diógenes Laercio, Porfirio y Jámblico. El problema se oscurece porque algunas biografías confunden lo mítico con lo histórico al hablar del origen divino de Pitágoras. (273, V.P. II). De entre los fragmentos traducidos merece recordarse el famoso 262 (D.L. I 12) que indica que Pitágoras "fue el primero en usar el nombre de filosofía y se llamó a sí mismo filósofo (o amante de la sabiduría) pues ningún (hombre) era sabio, sino Dios". Del material considerado deben destacarse los apartados "Pitágoras y las matemáticas", "La doctrina de la transmigración de las almas", "Los descensos al Hades de Zalmoxis y de Pi-

tágoras” y “El modo de vida pitagórico y preceptos”. Se agregan asimismo los cuatro discursos pitagóricos pronunciados en Crotona —Italia—, donde el filósofo vivió durante veinte años y que nos fueron transmitidos por Jámblico, así como un “catálogo de pitagóricos”.

En lo que atañe a Alcmeón de Crotona —tradicionalmente considerado pitagórico—, la novedad que plantea Eggers es señalar su postura no-pitagórica. Alcmeón fue un médico que pensó filosóficamente y quizá sea el primer pensador griego “que percibió con claridad la diferencia del hombre con los animales” y el primero que consideró al cerebro el órgano conductor de nuestro organismo, así como quien descubrió la “armonía interna del organismo como equilibrio entre factores contrarios”.

Respecto de Jenófanes se aborda el tradicional problema relacionado con el valor filosófico de su obra. De ese modo se recuerda que para H. F. Cherniss, Jenófanes era “un poeta y rapsoda, que ha llegado a figurar *por error* en la historia de la filosofía griega” y que en contraposición, W. Guthrie puntualiza que “es un poeta, el único cuyos escritos genuinos hallan un lugar tanto entre los *Filósofos presocráticos* de Diels, como en la *Antología lírica* de Dielh”. Sobre el particular, en el volumen que nos ocupa, sus autores adoptan y fundamentan la afirmativa y analizan textos en los que se destacan el “carácter inengendrado y eterno de lo Uno” y el “carácter esférico de lo Uno”, así como su idea de un dios supremo, aun cuando no único en el estricto sentido mono-teístico, concepción que emana de sus elegías y yambos contra Homero y Hesíodo, en los que les reprocha lo que habían dicho acerca de los dioses.

En cuanto a Heráclito parten de los fragmentos estudiados por Schleiermacher —1807—, Bywater —1877— y de los 130 incluidos en la citada compilación de D. K., haciendo una prolija expurgación de los textos considerados apócrifos.

Si bien según Aristóteles existe —por influencia de los milesios— un pensamiento cosmológico en Heráclito —quien había elegido como principio “*el fuego* por transformación del cual surgen las demás cosas por condensación y rarefacción” (22 A 5)—, para Eggers, *en cambio*, Heráclito “no tenía el menor interés en temas físicos o cosmológicos, sino en cuestiones ético-metafísicas o ético-religiosas”, inclusive llega a decir que “sentía tanto rechazo por los sabios milesios como

por los tradicionales poetas-sabios como Homero y Hesíodo y por las formas de superstición y magia" (p. 314).

Merece recordarse el apartado III, "El Cosmos: principio y proceso", particularmente en sus puntos a) "Su doctrina del fuego perpetuo", b) "El fuego como principio" y d) "El sol y el fuego cósmico", en los que el comentarador se pregunta si la cosmogonía y conflagración heraclíteas no sean quizá *descripciones meramente alegóricas*.

Sumamente interesantes son los apartados IV —"El Hombre: conducta y conocimiento"— y el V —"El alma y la vida humana"—, en los que sí se aprecia claramente el perfil ético-religioso en el que se insiste en la "Introducción" y en las notas.

El último autor considerado en este volumen es Parménides. Frente a una línea de pensamiento que vio en la escuela de Elea una especie de precursora del "círculo de Viena" y como éste, interesada fundamentalmente por los problemas lógicos y epistemológicos, Eggers encuentra en el "discurso de la Verdad" del poema, una polémica cosmológico-metafísica frente a la filosofía jónica.

Para Parménides "el Todo, antes que una pluralidad organizada en *cosmos* o lo que fuera, debe ser una unidad íntegra, sin fisuras, sin un momento que lo haya precedido ni un momento que lo suceda, algo *presente*, no sólo en el sentido de que no tenga presente o futuro, sino en el ser pura *presencia*: vida eterna, ser. Sólo sobre esa base se va a parar *lo que es* o *ente*, que es todo lo que hay, lo existente" y por ende, queda negado el *no-ente*, lo *no-existente*, la *nada*.

De ese modo vemos que Parménides en su poema cumple con una cosmovisión coherente que permite a los mortales el "de-velamiento" de la Verdad.

En el citado estudio merecen ponerse de relieve los apartados "El cosmos; uno, inengendrado e imperecedero" y "La cosmogonía revelada por la diosa".

Completan este volumen abundantísimas notas, profusa bibliografía, catálogo de fuentes empleadas —con sus correspondientes exégesis y comentarios—, tabla de correlaciones y diversos índices que, junto a una claridad expositiva, ponen de manifiesto un acendrado rigor científico.

HUGO F. BAUZÁ